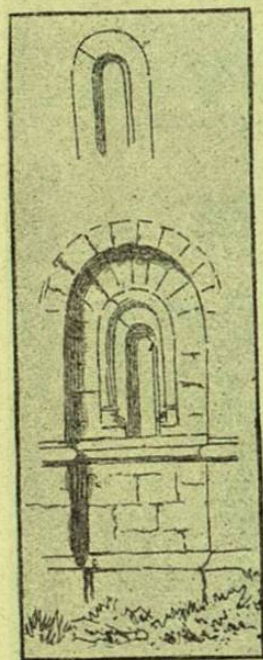


cortadas en ángulo recto por otras tres, resultando de estas intersecciones nueve espacios iguales cubiertos por sendas bóvedas cuadripartitas, y doce arcos que vienen á recaer sobre los capiteles de cuatro columnas exentas colocadas en el centro de la Sala. Los arcos

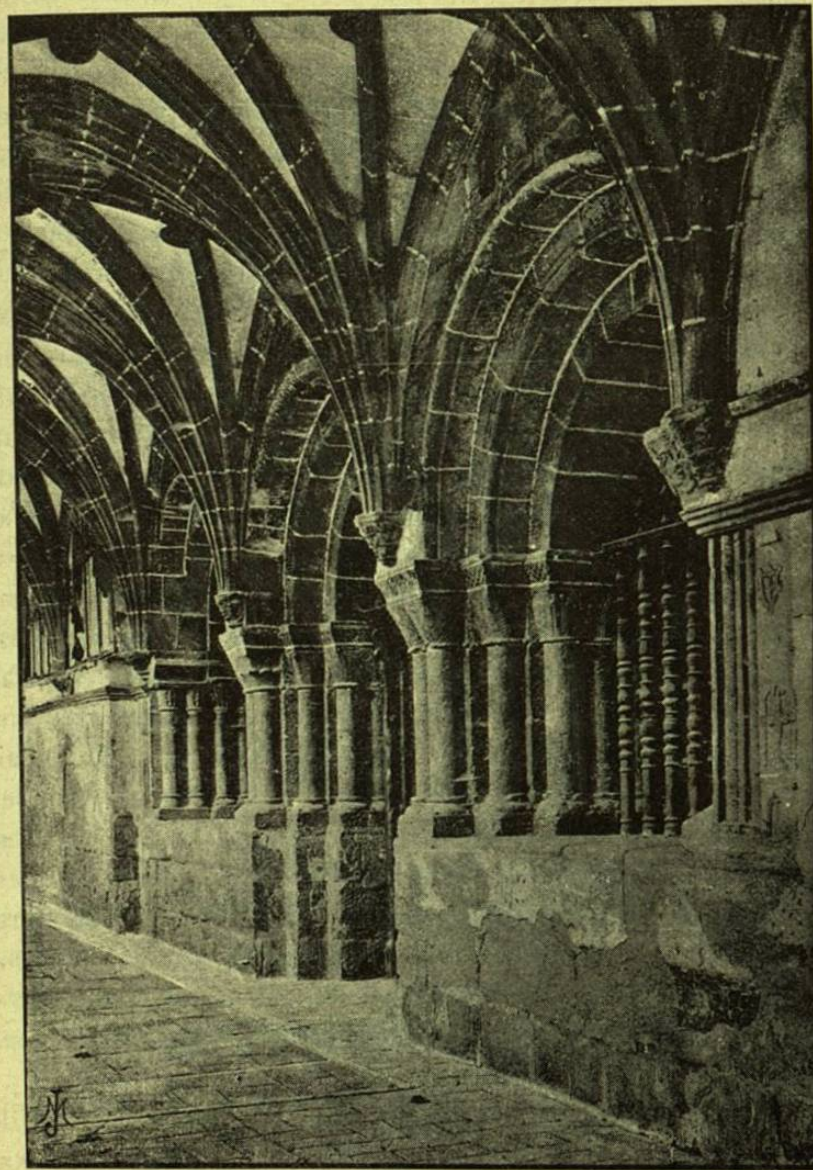


FITERO.—SANTA MARÍA
VENTANAS DEL CRUCERO E
INFERIOR DEL ÁBSIDE

perpendiculares á los muros son todos de faja ó platabanda; los diagonales ó cruceros son de tres gruesos toros en haz. Pero es inconcebible la fecundidad y la gracia con que demostró su inventiva el mazonero que labró los capiteles de esta Sala Capitular: la descripción de estos miembros decorativos resultaría cansada y pálida si la intentase; prefiero dártelos dibujados por el delicado lápiz de Serra. — De lo que fué en lo exterior el ábside de Fitero no es fácil hoy formarse idea: probablemente todas sus ventanas estarían abiertas, y su cubierta presentaría una forma muy distinta de la actual. No han debido variar de forma sin embargo ni esas ventanas, ni esos estribos que acusan la subdivisión del ábside en cinco capillas; su misma robustez y desnudez nos hablan de la edificación cisterciense del siglo XII. Observa esas ventanas inferiores, en que el arquitecto, por exagerado deseo de sencillez, hizo de la columna del jambaje y del arco un solo miembro: no es posible extremar más la lógica de la construcción á costa de la estética.

Supónese que esta iglesia es obra del célebre arzobispo de Toledo, navarro de nacimiento, Don Rodrigo Jiménez de Rada (1), lo cual nada tendrá de extraño siempre que se admita

(1) LA FUENTE, *España Sagrada*, t. L, pág. 194.



FITERO.—SANTA MARÍA.—PORTADA DE LA SALA CAPITULAR

que hubo antes otra construcción cisterciense en Fitero. Alguna debió levantar la comunidad trasladada desde Niecebas á su nuevo asiento por el Abad San Raimundo en 1152. El tumbo ó libro naranjado del monasterio nos revela que ya desde el año 1150 había comenzado á prosperar la fundación del abad Durand, y había San Raimundo empezado á hacer compras y adquisiciones (1): por lo cual, admitida la posibilidad de que el convento tuviese ya entonces medios suficientes para costear su nueva instalación, constando por otra parte que el solar actual fué cedido á San Raimundo por Don Pedro Tizón de Cadreita y su mujer Doña Toda, abuelos del arzobispo Don Rodrigo (2), y siendo notorio por último que entre los monjes franceses del Cister, y por consiguiente entre los de *Scala Dei*, de donde procedía nuestra comunidad, había grandes constructores, no debe estimarse sino como muy probable el que la actual iglesia de Fitero y su claustro sean obra de varias épocas, empezando por el comedio del siglo XII y acabando por el siglo del Renacimiento. Á los tiempos de San Raimundo y de su bienhechor Don Pedro Tizón atribuimos nosotros, en efecto, la portada románica del templo y su Sala Capitular, partes en que se advierten reminiscencias de la antigua ornamentación iconística, no aun desterrada de las construcciones del Cister en los principios de la reforma; y á la época del pleno desarrollo de la arquitectura cisterciense todo lo interior de la iglesia, donde la severa y sencilla edificación recomendada por San Bernardo á sus monjes logra una de sus más grandiosas é imponentes manifestaciones. Ésta, que es la parte principal de la edificación, puede muy bien ser obra costeadada por el arzobispo D. Rodrigo (3), y esto no

(1) LA FUENTE, *España Sagrada*, pág. 43.

(2) D. JUAN ANTONIO FERNÁNDEZ, *Descripción histórico-geográfica de Tudela y su merienda*: cap. *Fitero*. Manuscrito de la Real Academia de la Historia.

(3) Nos lo confirma la expresión que emplea D. Juan Antonio Fernández en su citada *Descripción* ms. *No hay más iglesia (dice) que la del Monasterio, que sirve de parroquia, y sus monjes ejercen la cura de almas: es su fábrica magnífica, de estilo gótico, y construida á expensas del referido arzobispo D. Rodrigo.*—El académi-

excluye que fuesen arquitectos cistercienses, y aun cistercienses franceses, los constructores.

En el presbiterio y lado del Evangelio, debajo de un arco abierto en el grueso del muro, hay un cenotafio de piedra sobre seis leoncillos, de cerca de tres varas de largo, cinco palmos de ancho y tres de alto, con el bulto yacente de un obispo sobre la tapa. En la cabecera tiene cuatro ángeles, dos á cada lado, y cada uno de estos con su incensario. En la parte inferior, cuatro monjes con sendos libros abiertos en las manos. Al rededor de la urna hay un alto relieve que figura una procesión de monjes con la cruz, ministros, y abad con mitra y báculo. Dícese por tradición que mandó fabricar este sepulcro para ser enterrado en él el arzobispo D. Rodrigo, lo cual no llegó á tener efecto (1). En memorias auténticas (2) consta que por los años 1591 se blanqueó y pintó el presbiterio de la iglesia, y se borró la inscripción puesta sobre este sepulcro, que expresaba para quién fué labrado; pero á la cuenta la leyenda fué luego restituída á su primitivo ser, porque existía en el año 1788 (3) concebida en estos sencillos términos: SEPULCHRUM RODERICI ARCHIEPISCOPI

co Abella, redactor del artículo FITERO del *Diccionario geográfico histórico* tantas veces citado, y que además de la descripción de Fernández debió de tener acerca de este famoso monasterio otras noticias, dice hablando de la iglesia: «Se cree por una tradición constante que contribuyó para la mayor parte D. Rodrigo, arzobispo de Toledo.» Esto viene á corroborar nuestra creencia de que en la fábrica que actualmente vemos hay construcciones de mediados del XII y de principios del XIII, y de que la parte costeadada por el célebre arzobispo es la iglesia en lo interior.

(1) El arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada yace enterrado en la iglesia del monasterio de Santa María de Huerta, donde se conserva su cadáver momificado, y con las vestiduras pontificales con que fué sepultado; pero no en buen estado de conservación, por las varias profanaciones que se han cometido con su sepulcro. El Ilustrísimo Sr. D. Vicente La Fuente, de la Real Academia de la Historia, comisionado por este cuerpo literario, lo reconoció en el pasado año 1886, y ha escrito últimamente acerca de tan interesante monumento una erudita memoria que verá la luz pública en el *Boletín* de la referida Academia.

(2) En las que escribió por los años 1630 el P. Fr. Jerónimo de Álava, monje de Fitero, y que tuvo á la vista Abella al redactar su artículo para el *Diccionario* de la Academia.

(3) Así lo declara D. Juan Antonio Fernández, que la copia en su *Descripción* ms.

TOLETANI. Dentro de este cenotafio hay en una arquilla unos huesos, que según el tumbo ó *libro naranjado* del monasterio son del abuelo del arzobispo, D. Pedro Tizón (1): lo cual nos hace pensar que quizá sería enterrado éste en la construcción primitiva de Fitero, como bienhechor del monasterio, cuando no fundador de aquella primera iglesia para la cual había dado el solar, y luego, hecha ya la iglesia nueva á costa del arzobispo y sepultado éste en otra parte, trasladado al sepulcro del nieto que se hallaba vacío y sin destino.—Al lado de la Epístola, y en otro arco correspondiente al de enfrente, hay otro sepulcro, también de piedra, y de las mismas dimensiones y ornato que el que se labró para D. Rodrigo, sin más diferencia que ser de abad mitrado y no de obispo la figura yacente de su cubierta. Hállase enterrado en éste el abad D. Fr. Marcos de Villalva, que murió en opinión de santo en Diciembre de 1591, y desde luego se reconoce que su sepulcro es imitación del que hace juego con él.

Es de suponer que la iglesia de un monasterio tan famoso encerraría entre sus alhajas objetos artísticos de gran valor: si los tuvo, han desaparecido con la desamortización, tan irreflexivamente ejecutada; hoy es muy poco lo que en ella se conserva. De esto poco es quizá lo más notable el llamado *relicario de San Blas*. Consiste en una arqueta de esmalte que tendrá por cada lado próximamente unos 20 centímetros, con una cubierta piramidal y unos pies muy toscos en forma de tarugos. Este curioso objeto, que se presenta desde luego á nuestros ojos como una preciosa muestra de la orfebrería esmaltada alemana del siglo XI, de la escuela de Verdun, es de ignorada procedencia. Á nuestro juicio es tan antiguo como el famoso retablo esmaltado de *San Miguel in excelsis* (2), y producto de la misma escuela. En la cara principal tiene un Cristo en la cruz, repre-

(1) LA FUENTE, obr. cit., pág. 194.

(2) Véase el tomo II, cap. XVI.

sentado en la postura tranquila y majestuosa que se daba al Redentor antes de apuntar el *naturalismo* en el siglo XIII. Esta figura es de bronce dorado y de gran relieve. Á los lados están la Virgen y San Juan, y sobre los brazos de la cruz, dos ángeles: estas figuras no tienen de relieve más que las cabezas; sus cuerpos son planos, y dorados y cincelados los pliegues de sus ropajes. Dorados son también los floroncillos que ocupan los intersticios del fondo. En los costados se ven unos círculos cuyo centro ocupa un ángel con las alas abiertas; en la tapa hay análogas representaciones; pero en el lado que cae sobre el frente de la arqueta hay, relevada sobre un fondo de círculos y floroncillos menudamente labrados, una media figura que parece ser de un santo mártir, de gran bulto. Sobre la cúspide de la pirámide formada por la tapa hay una bola, que sirve de pie á una cruz de forma neo-griega, cuyos brazos rematan en pétalos de flor labiada. En época moderna han sobrepuesto á esta cruz una columnilla prismática que afea notablemente la alhaja y cuyo objeto no se comprende. Los pies, cubiertos de un adorno reticulado menudo, están reforzados con unos listones cilíndricos clavados en las esquinas de la arqueta y labrados á modo de cordones. Una delicada cenefilla contorna todos los planos de este interesante relicario, cuyo aspecto general revela el gusto bizantino en que se inspiró la escuela de Verdun. No podía ser de otra manera siendo griegos los maestros que puso á su frente la emperatriz Teofania. * Otra alhaja notable que vimos en la Sacristía de Fitero pertenece á la época en que recibió el claustro el ornato plateresco que tanto desdice de su construcción. Es una naveta en forma de concha, á cuyo borde está encaramado un grifo en actitud de beber. La concha está cuajada de vástagos del Renacimiento, y el grifo es de una forma elegante que trae á la memoria los preciosos vasos trabajados por el Cellini y el Caradosso.

* En la pag. 394 de este tomo, y atribuyéndola á Tudela, se puso por equivocación la reproducción fotográfica de tan notable obra.

La gloria mayor de Fitero es su abad San Raimundo, el inmortal fundador de la Orden de Calatrava. Desde que residía con su naciente comunidad en Niencebas, empezó á disfrutar de los favores de los reyes de Castilla; ya entonces comenzaba, según queda apuntado, á realizar las compras y adquisiciones que fueron la base del futuro engrandecimiento de aquella; y apenas habían transcurrido cinco años desde su traslación á Fitero, cuando ya la casa era tan poderosa, que se atrevió su abad á arrostrar al compromiso de sostener la villa de Calatrava, abandonada por los Templarios, recibéndola del rey D. Sancho en juro de heredad en 1157. Cómo ocurrió este hecho, mejor que ninguno lo refiere el verídico Ferreras, el cual dice así: «Los mahometanos, viendo divididos los dominios de Castilla y León, cobraron nuevo aliento, y juntando gente recobraron los Pedroches, Andújar, Baeza y todo lo demás que habían perdido en el Andalucía, retirándose de ella los cabos cristianos que estaban en aquellas fronteras. Esta noticia participaron los mahometanos al rey Abdulmenón, pidiéndole tropas y gente para recuperar lo que habían perdido en el reino de Toledo: ofreciólos Abdulmenón, y esta noticia puso en tal consternación á los caballeros del Templo, que tenían por el rey á Calatrava, que no atreviéndose á defenderla, la pusieron en manos del rey don Sancho. Éste mandó publicar por un edicto que á aquel rico-hombre que se quisiese encargar de la defensa de esta plaza, se la daría con todos los honores y tierras de ella. Hallábase en Toledo en este tiempo el glorioso San Raimundo, abad del monasterio de Fitero, con otro monje suyo llamado Fray Diego Velázquez, que en el siglo había profesado la milicia: el cual, viendo lo que pasaba, y que no había rico-hombre ni comunidad que quisiese tomar á su cargo la defensa de Calatrava, le pareció decirle á su abad que la pidiese, porque él buscaría medios para defenderla y asegurarla. Parecióle al santo abad imprudente y temeraria la propuesta, y así la desechó; pero movido interiormente de Dios, Fray Diego volvió á hacer al santo Abad

muchas instancias, declarándole los medios que se le ofrecían para empresa al parecer tan desproporcionada; con que el santo Abad determinó encomendar á Dios este negocio, y después que conoció que aquella materia era del agrado de su divina Majestad, se volvió á Castilla para solicitar con el rey se le entregase aquella plaza para defenderla.».... «Procuró que el rey le diese á Calatrava, y siendo muchos de los que entonces se hallaban con el rey testigos de sus virtudes y santidad, movido de ella, se la concedió, fiando que sus oraciones serían el seguro de ella.».... «San Raimundo, con el empeño de defender á Calatrava, con la eficacia de sus sermones, juntó más de veinte mil hombres, que para tan grande empresa tomaron las armas, y se ofrecieron gustosos, los cuales llevó á Calatrava, y con ellos muchos monjes de su monasterio, con muchos ganados de todo género, para alimentarse y bastecerse, donde procuraron todos prevenirse á la defensa; y reconociendo el santo que nunca tendrían más valor que cuando la religión los uniese, instituyó un orden militar, que del lugar de su institución se dice de Calatrava, dándole la regla del Cister, conmensurándola al instituto de la milicia (1).»—Así pues, con los monjes de Fitero capaces de tomar armas, y con los vasallos y colonos que le quisieron seguir, porque San Raimundo además de Abad era Señor feudal de Fitero, marchó á Calatrava, reparó sus muros, abasteció la plaza, y saliendo Fray Diego Velázquez al frente de los alistados en la nueva milicia, aterró á los moros circunvecinos con sus rebatos y felices algaradas. Los brillantes principios de tan útil instituto, sin el cual la plaza de Calatrava abandonada por los Templarios hubiera sido el primer portillo abierto hasta el corazón de Castilla por la impetuosa oleada berberisca, nada fué sin embargo á los ojos de los cistercienses de allende el Pirineo, á quienes por lo visto era indiferente que la morisma se enseñorease otra vez de toda España, porque repro-

(1) FERRERAS, *Hist. de Esp.* AÑOS 1157 Y 1158.

baron la conducta de San Raimundo. El abad de Scala-Dei la llevó tan á mal, que el Capítulo general estuvo á punto de anular todo lo que San Raimundo había hecho, y si no lo hizo fué por la mediación de los reyes de Castilla y Francia. Nuestro santo abad murió acibarado en su retiro de Ciruelos, adonde se refugió por humillarse más y significar así su profunda obediencia y sumisión á la orden, y en particular al Capítulo general del Cister que había desaprobado su conducta.—El astro de Fitero se había extinguido, pero dejaba en pos de sí una luminosa estela en la numerosa hueste de caballeros seculares alistados bajo el pendón de Calatrava.—El cuerpo de San Raimundo estuvo en Ciruelos por espacio de cerca de trescientos años, hasta que en 1461, reinando D. Juan II y D.^a Blanca, se abrió su sepulcro por primera vez, por mandato del Papa Paulo II, con asistencia del abad de Monte-Sión de Toledo y de varias personas, que acompañaron sus restos á dicho monasterio, donde se colocaron con gran solemnidad el día 26 de Agosto en la capilla de don Luís Núñez de Toledo, Arcediano de Madrid, á cuyos ruegos concedió el Papa la translación. Pusiéronse entonces debajo del ara del altar. En 1721 se le trasladó de la caja de madera en que estaba, á una magnífica urna de plata, de mal gusto, que mandó labrar Felipe V.

Setenta y seis abades tuvo el monasterio de Fitero, desde Durando que bajó de Scala-Dei con doce monjes á fundar comunidad en Niencebas, hacia el año 1140, hasta D. Fray Bartolomé Oteyza, bajo el cual fué suprimido en 1834. Con las turbaciones de los siglos XIV y XV padeció mucho esta santa Casa. Siendo abad decimoséptimo Fray Rodrigo de Cervera, se apoderó de ella D. Miguel Zapata por orden del Infante don Pedro de Aragón y del gobernador de Navarra; y luego en 1437, con motivo de la guerra entre Navarra y Castilla, el abad don Fray Fernando Sarasa se vió precisado á refugiarse con sus monjes en Tudela, donde estuvo el monasterio diez ó doce años, perdiendo entonces casi todas sus rentas y escrituras. En este

mismo siglo XV fué teatro de escándalos y disturbios: el abad Fray Pedro de Griz fué depuesto de su dignidad por el abad de Santa Fe, visitador del monasterio, el cual expulsó de él á varios monjes, poniendo á su cabeza á Fray Pedro González de Esplugas; el depuesto acudió en queja en 1475 al abad de Scala-Dei, como su juez y superior inmediato; éste comisionó á los abades de La-Oliva y de Piedra para que visitaran el monasterio de Fitero y repusieran las cosas á su ser y estado, y que después de restituir á su dignidad al abad Fray Pedro de Griz, y á los monjes expulsados á su casa, reformasen á Fitero con cordura. Al propio tiempo, el merino del territorio, por orden del Condestable mandó al abad Fray Pedro González de Esplugas que saliese del monasterio y de sus términos, haciendo que los vecinos de Fitero jurasen por señor temporal al referido P. Griz.

Á principios del siglo XVI el monasterio perdió el derecho de elegir sus abades: el cardenal de Santa Balbina fué nombrado abad de Fitero por el Papa, á pesar de que el monasterio había ya nombrado á D. Fr. Miguel de los Arcos, su prior; pero el favorecido por su Santidad resignó en éste en 1502; y este acto dió lugar á que entrase en la santa Casa la plaga de los comendatarios que aniquiló su disciplina y los recursos de éste y de otros monasterios, pues los tales abades cobraban las rentas como si fuera un beneficio y dejaban abandonada la comunidad (1). El Dr. D. Miguel de Egues, electo y nombrado abad por el Papa en virtud de la resigna que hizo en él el precitado cardenal de Santa Balbina, siendo canónigo de Tarazona y clérigo seglar, tuvo la abadía en encomienda por espacio de doce años, durante los cuales no vistió el hábito, y sólo al fin hizo profesión. Puede calcularse lo que fomentaría el rigor y la aus-

(1) Los libros de Cámara, dice La Fuente, de quien tomamos estos datos (*España Sagrada*, t. L., p. 195 y siguientes), *tasaban* la abadía de Fitero en 500 florines.

teridad de la vida monástica un abad de esta especie, observa con razón nuestro docto guía.

Con las resignaciones se introdujeron las reservas, y con las reservas las regalías: el emperador Carlos V nombró en 1540 abad de Fitero á D. Fr. Martín de Egues, y el tumbo del monasterio que lo consigna añade que éste y todos los demás de Navarra hicieron resignación de sus abadías para que el Emperador las proveyese. El Fr. Martín era natural de Tudela y gastaba las rentas del monasterio con sus parientes, no consintiendo que hubiera en él más de diez ó doce monjes, para tener más que malgastar. Entonces se introdujo lo que llamaban la *tripartita*, pues viendo los monjes que el abad ni aun les dejaba lo necesario para comer, celebraron con él una transacción, en cuya virtud habían de dividirse las rentas en tres partes iguales, una para el abad, otra para la comunidad, y otra para la fábrica (1).

Los abades tenían el señorío temporal de Fitero: este derecho feudal, que arrancaba del mismo acto de la donación del emperador D. Alonso en el siglo XII, les fué disputado en algunas ocasiones: ellos siguieron pleitos reivindicándolo, y en tiempo del abad D. Fr. Marcos de Villalba, á quien vimos sepultado en la capilla Mayor en urna que hace juego con la del arzobispo don Rodrigo, recayó sentencia del Consejo de Navarra favorable á la pretensión del *abad y señor de Fitero*.—Fueron estos abades perpetuos hasta el año 1643: después fueron cuadrienaes hasta la extinción de la comunidad. En todos los monasterios cistercienses de Navarra, que eran San Salvador de Leyre, La Oliva, Fitero, Iranzu y Marcilla, el rey desde el tiempo de Carlos V nombraba los abades, en un principio libremente y á su capricho, después solo á propuesta del *Definitorio*. Alguna vez sucedió que el *Definitorio* elevó su propuesta al Consejo de

(1) La *tripartita* obtuvo aprobación pontificia en 24 de Agosto de 1580. Véase á La Fuente, loc. cit. p. 108. nota 1.^a

Navarra, sin dar cuenta á la Cámara ni al rey. Para el recibimiento de los abades, salía la comunidad de Fitero con la cruz en alto hasta un punto de la calzada que conduce á la casa, donde había una gran cruz de piedra, paraje conocido con el nombre de *humilladero*: en pos de la comunidad seguían el alcalde y los regidores: allí se vestía el abad de pontifical, y marchaban luego todos en procesión á la iglesia, donde se cantaba el *Te-Deum* y daba aquél la bendición al pueblo. El alcalde, al concluir el año de su ejercicio, devolvía su vara al abad en el presbiterio del templo al celebrarse la misa mayor, y el abad la entregaba al nuevo alcalde.

No se hizo siempre sin contradicción el nombramiento de los abades. En el año 1669 fué propuesto al rey para Fitero fray Bernardo de Herbiti, natural de Pamplona, hijo de un regidor de aquella ciudad, que ejercía ya en la casa el cargo de Procurador. El Consejo de Navarra informó contra él, alegando que había promovido muchos pleitos y conflictos, que aún pendían en la Nunciatura: súpolo la Congregación, ó por mejor decir el Vicario general de ella, y se quejó de que se hubieran pedido al Virrey informes acerca de los sujetos propuestos en terna, cuando los virreyes ignoraban lo que pasaba en los monasterios, siendo el único resultado de este trámite el retrasar los nombramientos. La Cámara desestimó la queja del Vicario, y obró cuerdamente, porque si los virreyes no sabían lo que pasaba en la vida interior del monasterio, harto sabían las rencillas y pependencias en que los monjes andaban. Á pesar de esto, el *Definitorio* volvió á proponer á Herbiti en 1676, alegando que era hombre de 60 años, que había sido ya abad un quadrienio, Secretario de la Congregación, definidor, rector del Colegio de Huesca, Visitador de la misma Congregación, observante, ejemplar, celoso, vasallo fidelísimo de su Majestad, que por su cuenta habían corrido los donativos voluntarios hechos por el monasterio al rey, que pasaban de 10,000 ducados, con otros méritos muy exagerados por el *Definitorio*. Y aunque al propio tiempo acudieron á la